

Prólogo

He aquí un libro que sólo habla de Rimbaud, aunque sin embargo no es, debo decirlo de entrada, un libro “sobre” él. Casi en ningún momento, en efecto, me vi forzado a considerar la obra de ese poeta en su conjunto total o a informarme de todo lo que la investigación pudo recolectar sobre su vida; y me temo incluso que no fui al encuentro de mi lector tan frecuentemente como lo merecería con las nociones claras y distintas que permiten la comunicación rápida, con grandes beneficios, de los aportes de un historiador, de un crítico.

Por otra parte, no se hallarán en estas páginas sino ensayos de diferentes épocas, y que reuní sin intentar unificarlos o siquiera coordinarlos, dejándolos con sus reacciones sucesivas a una gran propuesta poética entendida tal como yo podía hacerlo en esos diversos momentos. ¿Por qué? Porque siento que estos acercamientos a Rimbaud, iniciados hace ya casi cincuenta años, son sobre todo como una especie de diario de mi afecto por ese poeta.

¿Un diario? Las anotaciones día tras día de lo que uno experimenta o piensa son sin embargo algo que nunca deseé, en los otros planos de la conciencia de sí, porque siento que destacar un hecho, formular una impresión, emitir un juicio, casi siempre implica equivocarse, uno está preso de un humor, uno no ha visto, o sólo apresuradamente, más que una parte de un acontecimiento, y con mayor razón de una persona, de hecho se escribe una novela, hilvanada de autocomplacencia, mientras que haría falta en cada episodio interrumpirlo todo, para bajar en espirales al conocimiento de lo que uno es, y que se sustrae. Pero algo muy distinto es volver a encontrar frente a uno, en momentos importantes de la propia vida, “El barco ebrio” o *Una temporada en el infierno*. Porque precisamente se trata entonces de un cuestionamiento de las convicciones que uno cree tener, y aun cuando

no se logre llegar a ser suficientemente digno de esa expectativa, de todos modos uno está en contacto con lo que requiere hacerlo: lo que justifica permanecer tan cerca de uno mismo.

Digámoslo de otro modo. Tengo el mayor respeto por los trabajos que tienen la intención de dilucidar en lo que se procura comprender los componentes que se pueden considerar reales, “objetivos”, por ejemplo, el sentido que tiene una determinada palabra dialectal que usa Rimbaud, o refutar las leyendas que envuelven y a menudo enturbian sus relaciones con sus amigos cercanos, o precisar los pensamientos que estaban vigentes en todo nivel dentro de la conciencia del mundo en el momento en que él se aventuraba entre ellos. Admiro a los investigadores que reconocen el hecho –en una vida o en su relación con la sociedad– cada vez que es posible y le permiten entonces que emita en beneficio nuestro sus irreemplazables rayos. En sus indagaciones honestas, la ciencia tiene un derecho que prevalece sobre todos los demás en muchos terrenos, es ella la que puede resolver el tema, y le doy la razón cuando se opone a numerosas aproximaciones o fantasías de las que me sé capaz en primer lugar.

Pero no puedo olvidar que lo esencial de Rimbaud se da en una relación con el mundo, con la vida, deseada como “verdadera vida”, que el pensamiento conceptual, único instrumento de la crítica cuyo valor acabo de mencionar, no puede explorar, ya que por naturaleza se aparta de las percepciones y necesidades de la finitud: de donde se deduce que hace falta o bien renunciar a participar en la experiencia de una obra, en lo que sin embargo fue su gran aporte, o bien arriesgarse con una palabra de otra clase de crítica. Y en este caso es cuando nuestro pensamiento más íntimamente personal, cualquiera sea su naturaleza, analítica o de simple imaginación, se arriesga a ponerse en primera línea, por deseo de comprender, ciertamente, pero también para poner en cuestión sus propias categorías de acceso a las maneras que tuvo un poeta de permanecer lo más cerca de sí mismo. Trabajo destinado a errar, pero en el cual aspectos que no podrían ser más esenciales de la palabra estudiada tienen más posibilidades de reaparecer que en otras formas de aproximación. Los símbolos, las analogías que allí estuvieron funcionando vuelven a prevalecer sobre las articulaciones conceptuales. Simultaneidades que el poeta había audazmente vivido y mantenido –“¡Oh, mi abnegación, oh mi

caridad maravillosa! aquí abajo, sin embargo”, escribe Rimbaud en *Una temporada en el infierno*— son revividas como tales, mientras que trascienden las capacidades de comprensión del razonamiento deductivo. Imágenes cuyo impacto o cuyo llamado no puede borrarse dentro de las significaciones que les encuentran son señaladas más que analizadas, preservando así su fuerza. En una palabra, es lo figural que se revela en la obra, esa estructura parcialmente inconsciente que sobrepasa las conclusiones del pensamiento conceptual, y por ello es el lugar de la poesía o, mejor dicho, su acto.

Y dado que ese acto nunca pasa por certezas ni llega a conclusiones, obviamente no debemos estudiarlo simplemente como la particularidad del poeta, que con ello sólo se expresaría a sí mismo, sino escuchar allí un llamado, la oferta para todos los que tienen en mente la poesía de buscar juntos, de compartir sus pensamientos, y resulta pues que el lector se ve forzado a comprometerse, obligado por sí mismo, por decirlo de alguna manera, y no simplemente en la mejor parte de sí, sino también en todo el resto: porque en todo caso será agitando todo de sí y en todo caso sin rehusarse a que se lo reencuentre allí donde la respuesta al llamado puede revitalizarse aunque sea un poco lúcidamente, con la energía que surge de las contradicciones que se pudieron revivir. De allí la fatalidad de las reacciones en el momento, que resulta prudente no querer reemplazar por síntesis demasiado apresuradas.

¿Hay desmesura en ese pasaje por uno mismo en presencia de Rimbaud, ahora, o de Baudelaire, ayer, o de Goya, o de Poussin, todas esas grandes mentes que me atreví a frecuentar, a pesar de la sensación, bien se podría pensar, de aquello en lo que superan a quien los interroga? Soy el primero en temer eso, pero también me parece que viví esas frecuentaciones, a lo largo de toda una vida, claro, en primer lugar como un cuestionamiento, pero también, y por esto mismo, como un deseo, un proyecto, de aprendizaje. Ante Rimbaud, y como él mismo busca ¡pero con qué exigencia!, no juzgamos, uno no se juzga, uno pide más bien que la evidencia que es él, pronto triunfante frente a nuestras afirmaciones del momento, nos ayude a dejar nuestras vías insuficientes, ingenuas. Leer a un gran poeta no es tener que decidir que es grande, como aficionado a la literatura, que es la peor arrogancia, sino pedirle que nos ayude. Es esperar que su radicalidad

nos guíe, aunque sea un poco, hacia la seriedad de la que tal vez uno sea capaz. Lo que no deja de implicar, para los lectores que tendremos nosotros mismos, alguna verdad desde entonces compartible. Porque lo más particular es lo más universal, y no es imposible que al vagar en los márgenes de una obra no recojamos alguna porción de ese oro. Ser uno mismo no es tanto un derecho como un deber, que escuchar a un poeta recuerda al mismo tiempo que ayuda a cumplir.

Un pedido de ayuda. Y por consiguiente, no la experiencia de un texto, de un simple texto, sino de la presencia de un ser, de una voz.

Y lo que en todo caso creo que puedo decir en verdad sobre Rimbaud es que ningún otro más que él me requirió en poesía con tanta intensidad, tanta inmediatez, tanta cercanía en su voz. Voz que a su vez solícita, voz que afirma y que por supuesto se equivoca, pero que se rehace, vive de rehacerse, llevada, sacudida por las dos grandes fuerzas que hacen que uno esté en el mundo, y Rimbaud lo habrá estado, a pesar de sus tempranos gritos de desesperación: por un lado, la esperanza, que pretende creer posible que la existencia sea compartible y que por tanto la vida tenga un sentido, por otro lado, la lucidez que desmantela las ilusiones sucesivas en donde se atasca la esperanza, aunque también la ayuda a profundizarse, a esclarecerse, a volverse, por así decir, esperanza pura, irreductible a partir de entonces a todo derrumbe de sus tentativas. Esperanza y lucidez es el título que habría podido ponerle a este libro, porque condensaría la evidencia que extraje, por ensayos y errores, de la lectura de “El barco ebrio” o de *Una temporada en el infierno*. Pero preferí otro porque me alarma cada vez más una determinada negación que veo expandirse actualmente de la intuición poética propiamente dicha, a causa de una lucidez mal fundada cuya consecuencia es una desastrosa renuncia a la esperanza. Y porque inquietarse así implica saber hasta qué punto Rimbaud, que el momento presente lee poco o mal, es y va a seguir siendo necesario.

NUESTRA NECESIDAD DE RIMBAUD

2008

I

Señoras, señores, amigos, con cierta emoción en este momento de mi vida, bastante tardío, es que vuelvo a una reflexión sobre Rimbaud. Con cierta emoción, pero también con la esperanza de un poco de verdad mejor entendida. Porque me detuve en ese gran poeta en muchas ocasiones desde los años 1950, le dediqué varios ensayos, y cada vez aprendí mucho de él, sobre la poesía, sobre la sociedad, pero también sobre mí, personalmente. No hay verdadera poesía que no hable de sus lectores, cualesquiera sean, y que no los obligue a tomar conciencia al menos de una parte de lo que son.

Le debo mucho a Rimbaud, pocos poetas me importaron de una manera tan esencial, como revelación de lo que es la vida, de lo que espera de nosotros, de lo que hay que desear hacer con ella. Por cierto, me resultaron absolutamente importantes Racine, que me reveló los poderes de la prosodia, Virgilio, que me permitió presentir abismos en la evocación más simple de lugares y cosas de la naturaleza, tras los cuales estuvieron Vigny, Shakespeare, Nerval, luego Yeats, luego Leopardi, y debo citar también a Mallarmé, a pesar de las objeciones que tuve que hacerle pero con gran afecto. No obstante, sé bien que dos obras, dos pensamientos, me ayudaron más y mejor que los otros a vivir, es decir, a intentar ser. En ellas encontré a dos amigos, si puedo usar este término –y créanme que lo hago sin orgullo. Dos amigos, Baudelaire, Rimbaud.

Y Baudelaire y Rimbaud juntos, debo agregar de inmediato, esos dos poetas como una misma búsqueda y una misma lección, que para mí es lo esencial de la poesía. Entre Baudelaire y Rimbaud veo un parentesco, una consanguinidad, por debajo de las diferencias

que ocasiona, forzosamente, la pluralidad infinita de la vida que se hace palabra.

II

¿Qué parentesco, en lo más profundo? Un signo de ello consiste en que ambos vivieron su experiencia de sí mismos y del mundo –y de los demás seres también, cuando no en primer lugar– bajo el yugo, aunque también bajo el aguijón, de una ambigüedad que grava seguramente toda poesía pero que tiene en ellos una amplitud de miras y una exigencia, una vehemencia diría, que no pueden ser más inusuales.

Por un lado, por momentos se dejan llevar por impulsos de esperanza que transgreden toda causa particular y que nada preciso puede confirmar. Son en verdad pensamientos, con sus tipos de pruebas; pero que no pueden ocultar una necesidad de esperar capaz de prevalecer contra todos los razonamientos. Y por otro lado, más tarde los vemos criticar, o aun denunciar, cuando no insultar, dolorosamente, lo que entonces habían constatado, lo que deseaban, sufriendo el efecto de otra necesidad igualmente irreprimible, la de saber lo que verdaderamente vale, la de terminar con lo ilusorio: una necesidad de verdad.

Esperanza, por lo tanto, pero también lucidez, o necesidad de lucidez, y entre esas dos pulsiones una guerra: donde a veces hay que esperar que se enfervorice, con razones para ello, y otras veces que se desaliente, tras haber aparecido otras razones. Las dos aspiraciones establecen compromisos, experimentaciones de intenciones contrarias, y sin embargo en lo más cotidiano que la vida puede tener, muy lejos de las preocupaciones que se le intentaron asignar al proyecto de la poesía. De allí las diferencias entre Baudelaire y Rimbaud, aun así tan notables a pesar de su parentesco en la mayor profundidad. A cada instante de sus existencias y de sus obras, indiscernibles unas de las otras, estarán las derivas que puede imponer el azar de los días: pensamientos u opiniones surgidas de lugares y medios extremadamente diferentes, dramas que esos dos hombres de gran deseo tendrán que vivir en su relación con los demás, y con consecuencias perdurables en su apreciación de la vida o incluso del sueño que les parece lo real: en uno, la fe en una belleza de esencia casi divina, en el otro,

la imaginación de una sociedad al fin liberada de sus coerciones agobiantes. Sin embargo, lo verdadero del mundo no se borraba ante sus ojos sino en breves momentos, de allí la lucidez recurrente que es lo que más los acerca.

III

En Baudelaire, la lucidez es lo que predomina con mayor frecuencia, o parece a punto de hacerlo. Es fácil percibir casi por todas partes en los poemas de *Las flores del mal* la crítica de las ilusiones a las cuales muchos de ellos, si no la mayoría, parecieran sin embargo haber sucumbido. Baudelaire sueña pero sabe que sueña, e incluso advierte la naturaleza de su sueño, que consiste en creer posible una transmutación de las situaciones y las formas del existir cotidiano mediante un trabajo sobre los colores, los sonidos, los perfumes que afloran en el espacio de la percepción sensorial. En los enrojecimientos del cielo al atardecer, en las dichas de la práctica erótica, los sentidos abren minas, yacimientos aún inviolados por picos y sondas mientras que esas sensaciones son capaces, según piensa el Baudelaire soñador, de una armonía que le permitiría a la vida reconciliarse consigo misma. Y la belleza en la que trabaja el artista, y de igual modo el poeta que es artista, sería pues el supremo bien, de allí la esperanza que sostendrá y que guiará a los celebrantes de su valor absoluto cuando se sientan perdidos dentro de la masa desordenada de las multitudes ciegas. Una esperanza que fue intensa en Baudelaire, porque había experimentado desde la infancia el cuerpo de su madre, y sus ropas, sus perfumes, como una alegría, un refugio, con un dejo de promesa.

¡Para nada corta de realidad, física e incluso carnal, la belleza tal como la concibe Baudelaire! Es un despertar de todos los sentidos, casi nunca una representación sólo mental; y puede ser por lo tanto un momento de vida verdaderamente vivido, que sería tan raro como el oro en el crisol alquímico. No obstante, al igual que la afirmación de ese bien esencialmente estético, hay en este poeta un pensamiento constante para negar su valor; y esa negación es incluso mucho más que un acto del intelecto, es también una experiencia inmediata, y perturbadora, de allí la ambigüedad que veo en esa gran obra.